

Zelig, el personaje de nuestro tiempo

Alberto Benegas Lynch (h)

[INFOBAE, 3 de agosto de 2018](#)

Me refiero a la producción cinematográfica de Woody Allen en la que se representaba a un fulano que carecía de timón interior y que todo lo operaba según lo que decían, hacían o pensaban quienes tenía en su cercanía. Recordemos que Zelig era del Partido Demócrata si estaba con un demócrata, era del Partido Republicano si estaba con un republicano, si está con un psicoanalista, se mimetiza con esa profesión, incluso si está con un negro, comienza a mutar su piel. Es estrictamente un camaleón. Woody Allen, que adopta el personaje central en ese rodaje, dice que "es más seguro" proceder de ese modo.

Es lo que en gran medida ocurre hoy en día. **La mayoría siente la necesidad de ajustarse a los demás. Se renuncia a la individualidad, a lo más distintivo y precioso que tiene el ser humano:** su unicidad en toda la historia de la humanidad. Se amputa de su tesoro más valioso. Deja de ser para ser los demás. Hay pereza y temor por pensar distinto. Hay inseguridad y debilidad interior. La responsabilidad lo abrumba, prefiere endosar las decisiones al grupo. Abdica de su persona y se incorpora a la manada. No tiene voz, sino que es eco. Es inconcebible ir contra la corriente. Se masifica. Tiene que ser parte del coro. Es un masoquismo moral. Se entrega a la nada.

Estos personajes que padecen el síndrome Zelig necesitan de un gurú, de un caudillo, de un líder, puesto que son incapaces de liderar sus propias vidas. Los sistemas educativos de nuestro tiempo se encaminan a la guillotina horizontal, es decir, al igualitarismo donde en gran medida los profesores no enseñan a pensar sino a repetir.

En otra ocasión he recordado aquel célebre experimento donde se acuerda con un grupo al que se deja afuera una persona para que todos digan, frente a una serie de barras de distinto tamaño, que la más chica es la más grande. Así se invita a la persona que no está al tanto de lo acordado por los demás y comienza la sesión. En

una primera rueda naturalmente el extraño al grupo se pronuncia por la verdad de lo que ve y queda sorprendido por la opinión de todos los otros. Se suceden distintas ruedas y finalmente el sujeto se rinde y opina como los demás al sostener algo que no se condice con lo que está viendo. Es para probar la inclinación a ceder ante la opinión de los demás. Es raro el caso de quien se mantienen en su posición en cuanto a lo que consideran verdadero en estos reiterados experimentos.

Por supuesto que no se trata de encapricharse en lo que uno primero piensa y machacar con la idea. Hay que estudiar y contrastar las propias conclusiones a los efectos de pulir las ideas lo más que se pueda. Este es un proceso que no tiene término. Pero a lo que me refiero en esta nota es al miedo de pararse contra la corriente, a la mentira a sabiendas para quedar bien con otros. A la cobardía moral.

Hoy son muchos los ensayos sociológicos que en definitiva sostienen que un ingrediente fundamental para la felicidad es el ajustarse a los requerimientos de los demás. Alguien con personalidad y opiniones distintas es considerado una persona difícil. La conformidad al grupo es el alarido de la época. Incluso en la religión se ha perdido la individualidad. El otro día asistí a una misa en la que un obispo la celebraba y en el sermón dijo: "La salvación es grupal, algunos pretenden ir en bicicleta, pero lo cierto es que, si no vamos todos en ómnibus, no se salva nadie", es decir, lo contrario de la responsabilidad personalísima y el rendir cuentas por lo que uno ha hecho, lo contrario a una noción colectivizante y amorfa. Ese día la mayor parte de los fieles aplaudió a rajatabla al referido obispo por su peculiar sermón, tal como se hace en una cancha de fútbol.

Hay que ser "normal", para lo cual debe uno calzar con la visión del grupo. En este sentido, siempre recuerdo el sugestivo título de un libro de Erich Fromm que ilustra la cuestión: *La patología de la normalidad*. Es que todos somos en este sentido anormales, cada uno es distinto. Como ha apuntado Julián Marías: "La persona es mucho más de lo que se ve en el espejo". Todos somos extraordinarios, como destaca William Rogers. Mi abuelo materno, médico y secretario académico de esa facultad en la Universidad de Buenos Aires, tituló su tesis doctoral en medicina *No hay enfermedades sino enfermos. El caso de la individualidad en la medicina*. Me decía, para subrayar las diferencias entre las personas, que si alguna

vez uno le dijera a su médico que tal o cual remedio le provoca dolor de cabeza y el facultativo responde que no puede ser: "Abandona ese médico enseguida, ya que no entiende su profesión".

Reitero ahora parcialmente lo que consigné en otra ocasión. Así digo que **en una época en la que la politización abarca áreas crecientes, resulta más necesario que nunca preservar espacios íntimos**. Los aparatos estatales se inmiscuyen en el deporte, la música, la familia, los medios de comunicación, el teatro, las jubilaciones, los contratos entre particulares y tantas otras áreas de la vida que se mantenían a buen resguardo cuando primaba el espíritu republicano. Ahora no hay prácticamente recoveco en el que los tentáculos del poder político no están presentes. Mientras, paradójicamente, los gobiernos tienden a abandonar responsabilidades en campos tan sensibles y cruciales como la Justicia y la seguridad.

Resulta que los gobernados son siempre maravillosos en tiempos de elecciones, pero ineptos para manejar sus propias vidas ni bien salen del cuarto oscuro. Claro que los politicastos de turno no aparecen por ósmosis, son el resultado de un pavoroso achatamiento en el debate de ideas y un desconocimiento supino de los principios más elementales de una sociedad abierta. **Hay pocos candidatos para el estudio y la reflexión sesuda y demasiados candidatos para la foto, la pose y el protagonismo**. A estos últimos aludía Jorge Luis Borges al señalar que se esfuerzan en aparecer como alguien "para que no se descubra su condición de nadie". Son los tilingos que operan cual anti-rey Midas; más que políticos a la vieja usanza son agitadores —ellos mismos siempre están muy agitados—, necesitan de un ruido constante para suplir su endeble personalidad. Personalmente, tengo por estos hombrecillos la misma opinión que tienen las palomas por las estatuas.

De cualquier modo, entre un ritmo de vida que empuja a una carrera contra el reloj y el acoso del Leviatán, no siempre se permite distinguir entre el tiempo del calendario y el tiempo interior, lo cual hace imperioso un alto en el camino para abrir lugares en los que se ausculte y escudriñe el estado del alma. Muchas veces quienes tienen las agendas más cargadas son aquellos que se fugan de sí mismos y que, en última instancia, duermen la siesta de la vida. Se anestesian y dejan la

vida en la banquina. Este es el sentido de que aquel sacerdote, acostumbrado a confesar empresarios en el lecho de muerte, quien decía que presencié muchos arrepentimientos, pero nunca oyó decir que había congoja por no haber frecuentado más la oficina o por haber dejado pasar un arbitraje.

Este fenómeno se hace más patente allí donde hay la tozuda manía de expropiar y deglutir espacios privados. En este sentido, hay muchas formas de proceder en consecuencia, pero hay una que suele resultar especialmente fértil. **Se trata de poner en blanco y negro lo que a uno le ocurrió y le ocurre. Se trata de una especie de tarea arqueológica, una labor de excavación interior, una faena detectivesca al efecto de exponer frente a uno mismo distintas facetas de la propia vida.**

El ejercicio en cuestión permite un autoexamen fidedigno y reservado que, al explorar muy diversas avenidas interiores, pone al descubierto el verdadero peso relativo de los respectivos problemas y la verdadera naturaleza de eventuales respuestas y soluciones. Tanto unos como otros muchas veces quedan empañados y distorsionadas sus dimensiones en el contexto de angustias que, puestas en perspectiva, no se condicen con la realidad de las cosas. Esto tiende a disiparse al exhibir en el papel con toda crudeza las razones y las sinrazones de las preocupaciones y las alegrías. Más aún, en no pocos casos se trocan problemas por soluciones y viceversa, y, sorpresivamente, aparecen asuntos novedosos que hasta el momento de escribir yacían eclipsados, opacados y teñidos en el fondo del ser. La pluma hace las veces de escafandra para bucear en profundidad y hurgar en nuestros rincones interiores.

Estos manuscritos privados también facilitan la necesaria toma de distancia de los momentos críticos por los que en algún momento todos atravesamos para así desmenuzar y enfrenar la crisis y someterla a minucioso escrutinio. Y, sobre todo, sirve para calibrar quién es quién según hayan sido las respectivas conductas o inconductas de los diversos actores. **Esta gimnasia interior pone de manifiesto las prioridades que se establecen en los hechos y no meramente lo que se declama en el discurso.** Como decimos los economistas, permite descifrar "las preferencias reveladas". Y tengamos en cuenta que el establecimiento de prioridades no es un

asunto menor, puesto que, precisamente, la vida consiste en una ubicación y una reubicación permanente de prioridades.

Como es sabido, el ser humano es psique y materia. El conocimiento permite reducir nuestra colosal ignorancia, en la esperanza de incorporar dosis crecientes de autoperfeccionamiento en el contexto de un intrincado y azaroso camino de prueba y error.

Si fuéramos solamente kilos de protoplasma, no existiría tal cosa como la libertad, el libre albedrío o la capacidad de decidir por una u otra senda. Supongamos por un instante que irrumpe a nuestra habitación un determinista y le hacemos la siguiente pregunta: "¿Podría usted afirmar algo distinto de lo que está afirmando?". Si la respuesta es por la positiva, está probado el libre albedrío; si es por la negativa, nuestro interlocutor estaría haciendo "las del loro", por tanto, no hay argumentación posible. En rigor, sus dichos no son susceptibles de juicio crítico.

El libre albedrío es la característica central del hombre. Al examinarnos a través de un ejercicio como el sugerido, estamos en mejores condiciones de corregir o ratificar nuestras decisiones. No parece atractivo deambular por la vida como "almas deshabitadas", al decir de Giovanni Papini, o como "mamíferos verticales" según la expresión de Miguel de Unamuno. Nuestra condición humana nos obliga a dejar testimonio en nuestro efímero paso por esta vida, a trascender lo anodino, a hacer algo más que las rutinas y menesteres puramente animales. Sin tomarnos demasiado en serio, es deseable apuntar, aunque más no sea milimétricamente, a la realización de contribuciones que demuestren integridad y coherencia, en la esperanza de que nuestro hábitat resulte algo mejor.

La redacción que proponemos hace de apoyo logístico para mejorar como personas y ayuda a mantener la brújula, al tiempo que desahoga el alma y clarifica encrucijadas. En mi caso, el escrito que he ido elaborando y puliendo desde hace mucho tiempo lo he titulado *Sapo de otro pozo*. No voy a cometer la imprudencia de reseñar aquí este texto voluminoso y a todas luces impublicable, pero en relación con las aludidas prioridades como ejes centrales de la vida, transcribo un cuento

que me relataron cuando era muy chico, con el que abro el mamotreto de marras y que ilustra el punto.

El cuento se refiere a un profesor que exhibió ante sus alumnos un frasco en el que encajó piedras grandes hasta el tope. A continuación, preguntó a su audiencia si consideraban que el adminículo estaba lleno, a lo que, por unanimidad, le respondieron afirmativamente. Luego procedió a volcar piedritas chicas en el recipiente y volvió a preguntar lo mismo. Esta vez obtuvo respuestas dispares y se observó cierto desconcierto. Nuevamente el catedrático repitió la operación, primero con arena y luego con agua y, después de idéntico interrogatorio, concluyó que igual que con las piedras grandes, en la vida no queda espacio si no se le otorga prioridad a lo que es importante.

En resumen, **Zelig es la antipersona que conviene denunciar al efecto de abrir paso a la energía creadora y las potencialidades que todos tenemos que fomentar para facilitar la capacidad de las respectivas actualizaciones.**

El autor es Doctor en Economía y también es Doctor en Ciencias de Dirección, preside la Sección Ciencias Económicas de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, de la que es miembro y también es miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

<https://www.infobae.com/opinion/2018/08/03/zelig-el-personaje-de-nuestro-tiempo/>